



RECTORÍA DE NUESTRA SEÑORA DEL SAGRADO CORAZÓN

Hora Santa Juvenil



Canto entrada y exposición del Santísimo Sacramento

1. Dejémonos transformar por Cristo

Buenas noches, Señor; gracias por acompañarnos de nuevo en la Eucaristía, que es el sacramento de tu amistad, pues quisiste instituirlo justamente en una cena entre amigos (cf. Lc 22, 15): ahí estabas tú, compartiendo el pan y el vino con tus discípulos, a quienes elegiste para que estén contigo y para enviarlos a predicar (cf. Mc 3, 13-14), así como hoy compartes este momento con nosotros, a quienes llamaste a tu presencia para que te sigamos y llevemos tu Palabra a todo el mundo.

Tú transformas todo lo que tocas: convertiste en signo de vida y misericordia a la cruz, que era un instrumento diseñado para condenar y torturar; convertiste el agua en el mejor de los vinos, para que la alegría no se acabe (cf. Jn 2, 1-11); multiplicaste cinco panes y dos pescados, para alimentar y fortalecer a una multitud de personas (cf. Jn 6, 5-14), y sobre todo, nos enseñaste con tu Resurrección y Ascensión que nos espera el cielo, si dejamos que tú nos conviertas en la mejor versión de nosotros mismos.

Además, “la institución de la Eucaristía muestra cómo aquella muerte, de por sí violenta y absurda, se ha transformado en Jesús en un supremo acto de amor y de liberación definitiva del mal para la humanidad” (Benedicto XVI, Exhortación Apostólica Postsinodal “Sacramentum Caritatis”, n. 10). Por eso, te pedimos que nos transformes en mejores hijos de Dios y seguidores tuyos, a través de tus palabras, enseñanzas y compañía, para que podamos dar un mejor testimonio de ti ante el mundo, crezcamos como personas y participemos mejor en la construcción de tu Reino aquí, en la tierra.

Ahora reflexionemos de forma personal

- ¿Qué aspectos de tu persona necesitas cambiar para ser mejor hijo de Dios?
- ¿Permites que Jesús actúe en tu vida, de manera que la transforme para bien?





Momento de silencio orante

2. Jesús ora por nosotros

Ahora, Señor, reviviremos el momento cuando levantaste los ojos al cielo y oraste al Padre por nosotros, poco antes de tu pasión y de entregar tu vida en la cruz, para que recordemos que siempre nos tienes en tus pensamientos y que, con tu ayuda, podemos perseverar en el camino de ser mejores seguidores tuyos cada día. Tus palabras fueron: “Manifesté tu Nombre a los que separaste del mundo para confiármelos. Eran tuyos y me los diste, y ellos fueron fieles a tu palabra. Ahora saben que todo lo que me has dado viene de ti, porque les comuniqué las palabras que tú me diste: ellos han reconocido verdaderamente que yo salí de ti, y han creído que tú me enviaste”.

“Yo ruego por ellos: no ruego por el mundo, sino por los que me diste, porque son tuyos. Todo lo mío es tuyo y todo lo tuyo es mío, y en ellos he sido glorificado. Ya no estoy más en el mundo, pero ellos están en él, y yo vuelvo a ti. Padre Santo, cuida en tu Nombre a aquellos que me diste, para que sean uno, como nosotros. Mientras estaba con ellos, cuidaba en tu Nombre a los que me diste [...] Pero ahora, voy a ti y digo esto estando en el mundo, para que mi gozo sea el de ellos y su gozo sea perfecto”.

“Yo les comuniqué tu palabra y el mundo los odió, porque ellos no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo. No te pido que los saques del mundo, sino que los preserves del Maligno. Ellos no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo. Santificalos en la verdad: tu palabra es verdad. Así como tú me enviaste al mundo, yo también los envío al mundo.

“No ruego solamente por ellos, sino también por los que, gracias a tu palabra, creerán en mí. Que todos sean uno: como tú, Padre, estás en mí y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me enviaste. Yo les he dado la gloria que tú me diste, para que sean uno, como nosotros somos uno –yo en ellos y tú en mí–, para que sean perfectamente uno y el mundo conozca que tú me has enviado, porque yo los amé como tú me amaste”.

“Quiero que los que tú me diste estén conmigo donde yo esté, para que contemplen la gloria que me has dado, porque ya me amabas antes de la creación del mundo. Padre justo, el mundo no te ha conocido, pero yo te conocí y ellos reconocieron que tú me enviaste. Les di a conocer tu Nombre y se lo seguiré dando a conocer, para que el amor con que tú me amaste esté en ellos y yo también esté en ellos” (Jn 17, 6-12a y 13-26).

Ahora reflexionemos de forma personal

- ¿Oras por el bien de otras personas?
- ¿Qué haces para crecer en caridad y amor a tu prójimo?
- ¿Cómo alimentas tu fe día a día?
- ¿Puedes reconocer la acción de Dios en tu vida diaria?





Momento de silencio orante

3. El Hijo y el Espíritu Santo

En la Misa, nuestros sacerdotes rezan: “Que el Espíritu Santo congregue en la unidad a cuantos participamos del Cuerpo y de la Sangre de Cristo”; hoy, nos sumamos a dicha plegaria, participando de este momento contigo en la Eucaristía, para que el Paráclito nos acerque como comunidad, como parroquia, como movimiento o como grupo, igual que como Iglesia, en torno a ti, a tu palabra y a este sacramento.

Que así como, por obra suya, fuiste concebido por nuestra Madre María (Cf. Mt 1, 18; Lc 1, 25), también te permitamos nacer en nuestros corazones todos los días; que así como se posó sobre ti en forma de paloma, el día de tu bautismo, y Dios te presentó como su Hijo amado, en quien se complace (cf. Mt 3, 16-17), podamos recordar y vivir conscientes de que tenemos un Padre que nos ama y disfruta que nos acerquemos a Él, y que así como te movía para alabar y te llenaba de gozo (Lc 10, 21), nos impulse a orar y a encontrar la felicidad en la intimidad contigo.

Pero también, que así como te acompañó en tu Pasión, Cruz y Muerte, sepamos recurrir a él y a sus auxilios cuando se nos presente cualquier tipo de prueba o dificultad, con la confianza de que nos brindará todo lo necesario para salir adelante de ella; para crecer y aprender a partir de esas experiencias; para ayudarnos a mantener firmes la fe, la esperanza y el amor en todo momento; para descubrir tu presencia y entender todos tus mensajes en nuestro entorno, e incluso, para consolarnos si llega a ser necesario.

Ahora reflexionemos de forma personal

¿Qué dones del Espíritu Santo necesitas fortalecer?

Además de pedir en oración, ¿qué puedes hacer para lograrlo?

Ahora, oremos tres veces: “¡Ven, Espíritu Santo! Llena los corazones de tus fieles y enciende en ellos el fuego de tu amor”.



Momento de silencio orante



4. Iglesia en comunión

“Por tanto, Cristo mismo, en virtud de la acción del Espíritu, está presente y operante en su Iglesia, desde el centro vital que es la Eucaristía” (Benedicto XVI, Exhortación Apostólica Postsinodal Sacramentum Caritatis, n. 12). Señor, una muestra de que estás vivo, activo y presente, a través de la Eucaristía, es que hoy pudiste convocarnos para reunirnos en torno a ti y compartir esta noche con nosotros en la forma del pan.

Eso lo podemos afirmar, incluso aunque tu presencia en este sacramento es un misterio inmenso y profundo, porque el Espíritu Santo nos ha ayudado a entenderlo, como hizo con tus discípulos, que al recibirlo como lenguas de fuego, comprendieron tu palabra, salieron a anunciarlas al mundo entero y fortalecieron sus lazos como comunidad, de manera que conformaron esta Iglesia santa, de la que todos nosotros formamos parte.

Te pedimos, Señor, que el Paráclito siga brindándonos dones, carismas e inspiraciones, e inflamando nuestras mentes y corazones, para que logremos producir abundantes frutos y siempre nos encuentres en disposición para responder tus llamados, encontrar y escuchar nuestras respectivas vocaciones, servir a nuestro prójimo y, sobre todo, ser agentes de unidad en todos los ámbitos donde nos desenvolvemos. En la actualidad, el mundo ofrece ideas que nos quieren separar, pero sabemos que, siguiendo tu camino y tus enseñanzas, podemos acercar a más personas a ti, para que transformes cualquier división en unión, la discordia en concordia y el odio en amor.

Ahora reflexionemos de forma personal

¿Cómo contribuyes a la unidad entre las personas que te rodean?

¿Estás dispuesto a aceptar la voluntad de Dios en tu vida, respondiendo a tu vocación?



Momento de silencio orante

Intercesión de la Santísima Virgen María por los adolescentes y jóvenes

Por último, antes de concluir con nuestra Hora Santa, como sede de la Pastoral de Adolescentes y Juvenil, pidamos la intercesión de María, Madre de Dios y de nuestra Iglesia, de manera que nos dispongamos mejor para vivir este mes dedicado a ella y nos pongamos bajo su protección.

Madre Santísima, queremos pedirte que los adolescentes y jóvenes, particularmente los de nuestra Arquidiócesis de Yucatán, desde la realidad en que se encuentren, puedan experimentar tu abrazo materno, cariño y calidez; que por tu testimonio de discípula y apóstol siempre orante, sepan encontrar su vocación y la vivan unidos a tu hijo, Jesús.



Oh, María,
tú resplandeces siempre en nuestro camino
como un signo de salvación y esperanza.
A ti nos encomendamos, salud de los enfermos,
que al pie de la cruz fuiste asociada al dolor de Jesús,
manteniendo firme tu fe.
Tú, salvación del pueblo romano,
sabemos lo que necesitamos
y estamos seguros de que lo concederás
para que, como en Caná de Galilea,
vuelvan la alegría y la fiesta
después de esta prueba.
Ayúdanos, Madre del Divino Amor,
a conformarnos a la voluntad del Padre
y hacer lo que Jesús nos dirá;
Él, que tomó nuestro sufrimiento sobre sí mismo
y se cargó de nuestros dolores
para guiarnos a través de la cruz
a la alegría de la Resurrección. Amén.
(Francisco, Carta a todos los fieles para el mes de mayo de 2020).

Bendición y Reserva.



REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

BENEDICTO XVI, Exhortación Apostólica Postsinodal Sacramentum Caritatis (Ciudad del Vaticano, Roma, 22 de febrero de 2007).

FRANCISCO, Carta a todos los fieles para el mes de mayo de 2020.